

leran semejantes principios y en donde se enseñan públicamente.

No debe, pues, causar asombro el que, medio siglo después de Schleiermacher, apareciese una obra que extremó tanto el indiferentismo, que en ella apenas se encuentran algunos débiles recuerdos de principios cristianos. ⁽¹⁾ Hablamos de la *Polémica* de Hase. Puede verse en este libro de qué modo la idea de tolerancia corroe toda fe y toda seriedad religiosa. Preciso es que las cosas hayan ido tan lejos, para que una obra que se gloria de conducir al combate los pensamientos comunes del Protestantismo, ⁽²⁾ y ve confirmadas por el éxito sus reivindicaciones, se atreva á decir que importa poco al contenido moral de la piedad—parece que no hay diferencia entre el contenido religioso y el contenido verdadero de la fe—la forma con que sea adorado el Dios que todo lo rige, y que igualmente importa poco la religión á que uno pertenezca, con tal que no se refiera á la cristiana. «Porque—dice—aquellos que llaman Dios á *Jehová, Alláh, Brahma, Zeus, Ormuzd*, quieren decir en el fondo el mismo y único Dios, al cual ningún nombre designa, ni abraza concepción alguna». ⁽³⁾

4. La idea de tolerancia imposible y perturbadora de la sociedad.—Que la religión y la verdad no pueden subsistir con semejantes principios, he aquí una cosa sobre la cual están de acuerdo los mismos representantes de éstos.

De aquí esos llamamientos reiterados á la humanidad, á la concordia entre los hombres, los cuales no pueden existir sin tolerancia. De aquí la razón principal que les mueve á predicar ésta á toda costa. Pero si en esto consiste su mejor recomendación, tememos que no sea sólida, y de ello no nos será difícil ofrecer la prueba.

Invocaremos á este efecto un solo ejemplo, muy propio para demostrarlo por modo popular. Nos referimos á los

(1) Hase, *Polemik*, (3) 53, 58 etc.

(2) *Ibid.*, p. XVI.

(3) *Ibid.*, 332.

célebres deseos de un ermitaño que Bernardino de Saint-Pierre describió en 1789 para saludar á la Revolución francesa.

Este mismo escritor era ya, por su carácter, el testimonio más elocuente de lo que la humanidad debe esperar en realidad de la tolerancia. Para él, todo el mundo era un poema, una flor maravillosa; pero él mismo no era más que un prosaico zarzal, al que nadie podía acercarse sin espinarsse y herirse. Soñaba en un estado de naturaleza ideal, en el cual toda la tierra constituyese una Arcadia; mostrábase tan duro y tan imperioso en sus exigencias, tan irritable é insufrible, que por sí sólo podía hacer imposible toda socialidad. Predicaba la tolerancia, y, no obstante, era tan intolerante, que no soportaba opinión alguna que se apartase de la suya, y aun amenazaba con aniquilar todo modo de pensar diferente del suyo. ⁽¹⁾

En realidad, era este un curioso apóstol de la tolerancia, pero la predicaba en términos más hermosos, más convincentes y quizás más convencidos que todos los demás. Ya antes, en sus *Estudios*, había concebido el proyecto de fundar, en una isla del Sena, cerca de París, una especie de Walhalla, un Elíseo, en donde se pudiera hacer el ensayo, independientemente de toda tentativa religiosa, de establecer un paraíso en la tierra. En su nueva obra, vuelve á insistir sobre esta idea, y trata de edificar el nuevo cielo terrestre sobre la piedra angular de la tolerancia religiosa más completa.

Propone, pues, establecer á orillas del mar un lugar de refugio para las familias deseosas de paz de su país y del extranjero. Todo el que quiera ingresar en este Elíseo tendrá una pequeña propiedad, y cada cual conservará su traje nacional y sus hábitos de vida ordinarios. El inglés habitará una isla cubierta de césped, en la cual podrá construir rápidos navíos y criar caballos de carrera. Un barco constituirá la habitación del holandés. También habrá

(1) Lanson, *Histoire de la littérature française* (3) 815 y sig. *Biographie générale* (Hoefler), XLIII, 89.

allí la tienda del lapón y la cabaña del negro. Si el lapón quiere llevar consigo sus renos, nadie se lo impedirá, y, para que no perezcan, podrá construirles un ventisquero en un bosque de pinos. Si el negro quiere tener chumberas, podrá cultivarlas en un monte. El judío podrá sentarse bajo un sauce llorón, y cantar sus lamentaciones sobre su Jerusalén perdida. Y quizás podría también —cosa que Bernardino de Saint-Pierre parece haber omitido,— como administrador de la caja filantrópica, evitar á la sociedad filarmónica el cuidado de sus ahorros, los cuales, seguramente, en esta concordia paradisíaca, aumentarían formidablemente. En todo caso, si cada uno quisiese conservar sus antiguas costumbres, esta ocupación le agradaería ciertamente más que la de verter lágrimas por una patria que, ha ya tanto tiempo, le es más indiferente que el catecismo á un alumno salido de la escuela. De este modo, piensa nuestro buen filósofo, todas las naciones de la tierra podrán vivir en unión pacífica, y el comercio, la ciencia y la industria florecerán maravillosamente. Mas para que pueda unir á tan diversas partes un lazo de unión, se elevará un templo común en medio de este asilo. Cada día se celebrará en él un culto diferente, y cada día se hablará en él una lengua distinta, siendo, no obstante, adorado el mismo Dios. Entonces, concluye, prosperará el reino de la caridad y de la mutua tolerancia, y mientras que, con una mano, la francesa coronará de flores la cabeza de Alemania, con la otra, verterá vivo en la copa del turco.

He aquí sin duda un plan ingenioso, quizás demasiado para que su ejecución no se estrelle contra las dificultades. Supongamos que el turco, de que acabamos de hablar, sea un ortodoxo irreductible; supongamos que se empeñe en querer conservar su género de vida ordinario; ¿qué ocurrirá si comete la grosería de rehusar el brevaje que le ofrezca la francesa incrédula? Este acto, ¿no arrojará ya una sombra sobre ese reino lleno de luz y de claridad? El lapón no querrá alimentar en

vano el costoso ventisquero que habrá construído para sus renos. No se le mirará mal, pues, si reclama también un campo de nieve para procurarse de vez en cuando, á sí mismo y á sus renos, el placer de un buen paseo en trineo, porque también á él se le ha garantizado que podría permanecer fiel á sus costumbres. Pero, ¿qué diría de ese nuevo mundo polar el holandés, sobre la barca que le sirve de habitación, así como el negro, que habitaría su mansión con su hábito nacional? ¿Qué pensarían también de ese Walhalla de tolerancia los otros ciudadanos, si un día se les ocurría querer oír durante la noche, como en otro tiempo en su patria, desde el seguro asilo en que se encuentran, el rugido de los leones y el grito quejumbroso de las hienas? ¿Qué pensarían, si quisiesen celebrar el aniversario de su nacimiento en el templo común del Dios común, de conformidad con los usos de su patria, y terminar esta fiesta, rodeados de sus amigos tolerantes, con los festines obligatorios de carne humana?

De temer es que semejante Elíseo degenerase en una reunión de socialistas ó amigos de la paz, en la que cada cual tratase de imponer su opinión á los otros, mediante los argumentos persuasivos de su respectivo país, muy interesantes para los estudios psicológicos de los pueblos, pero desagradables para los interesados. Probablemente uno sólo sacaría provecho de ello, aquel precisamente que menos se preocupa de la conservación de sus costumbres y de las lamentaciones sobre su patria, la Jerusalén perdida.

Sólo una cosa es cierta, y es que el templo que se elevase en medio de este Elíseo, sería la cosa más superflua del mundo, y que, por consecuencia de esta falta de un medio de unión por un lenguaje espiritual, es decir, por una religión social, la sociedad se arruinaría por sí misma.

En una palabra, si hubiese uno solo que se hubiese dirigido á ese Walhalla en la esperanza de encontrar realizado su ideal de hombre y de humanidad, sería el primero en largarse, tras corta experiencia de la situación, ya

que poco tiempo necesitaría para convencerse de que los hombres no pueden vivir en comunidad sin lazos que los unan, y que la ruptura del lazo de unión más sólido de todos, la fe común, es un ataque á la socialidad y á la sociedad.

5. La idea de tolerancia no es signo de una formación intelectual más elevada.—Otros, por lo contrario, se entusiasman con la tolerancia religiosa, creyendo que es un signo característico de elevada civilización. Ciertamente, lamentan que este principio dé tanto que reflexionar, que cause grandes perjuicios á la religión, que conduzca inevitablemente á la falta de carácter y á la superficialidad intelectual, si, mejor dicho, no las origina. Sin embargo, les falta el valor y la fuerza para desligarse de los atractivos de este indigno sistema, por cuanto han oído afirmar siempre que, allí en donde no se le admita á ojos cerrados, no es posible el progreso ni la civilización, y que tanto más puede uno pretender el nombre de sabio, cuanto más se extreme la indiferencia contra todo lo religioso.

Si esto fuese así, los juicios hasta el día formulados por la historia sobre los pueblos serían completamente falsos. Podemos, pues, esperar que, en ese período de tiempo cuyo honor quería salvar á toda costa Lessing, el turno de la deificación se aproxime para esos pueblos que hasta ahora no se han contado precisamente entre los pueblos civilizados, y no desesperar de ver obligados á los griegos á descender un día del trono que el Humanismo les ha erigido para colocar en él á los mongoles.

¿Y porqué no? Muy pronto no podrá uno encontrar en los siglos pasados monstruos á los que una nueva obra no corone con la aureola de los Santos, para indemnizarlos del perjuicio que se les ha originado hasta el presente, dando á sus vicios el nombre que merecen. Y entonces, ¿por qué no tejer á los tártaros una corona de gloria? Hasta ahora, creíase sin duda que este pueblo, que había superado á todos los demás en amor á la destrucción, en esterilidad intelectual y en grosería, tenía su puesto designado entre

los vándalos. Pero si el nuevo medio de evaluar la civilización, que se llama tolerancia religiosa, es el verdadero, semejantes hordas poseerían un grado de liberalidad tan alto, que los mismos helenos estuvieron muy lejos de alcanzar. Sea de ello lo que se quiera, pocos pueblos pueden igualarse con los mongoles en indiferentismo religioso. «Excelente cosa es que la mano tenga muchos dedos,—decía Mengku;—¿por qué no hemos de desear que haya muchas religiones?»⁽¹⁾ Tal era también la profesión de fe de Kubilay. «Los cristianos—dice—consideran á Jesucristo como á su Dios, los sarracenos á Mahoma, los judíos á Moisés; los paganos miran á Sagomombarkhan⁽²⁾ como al más grande de sus dioses. Pues bien, yo respeto á los cuatro, y ruego al más elevado de ellos que venga en mi ayuda».⁽³⁾

No es posible dejar de reconocer que estas últimas palabras, en las que se expresa la idea de tolerancia, contienen una fuerte dosis de egoísmo. Porque si esta idea consiste únicamente en honrar por su parte á todos los dioses que cualquier pueblo adora, porque nadie sabe si pueden ser útiles ó nocivos, no podemos negar que quien se aferra á esta idea por este motivo, se coloca en un punto de vista muy bajo. Poco más ó menos, tal es el punto de vista del romano, cuya tolerancia no era precisamente amplia cuando se trataba de aplicarla.

Kœppen se consuela de ello diciendo que los mongoles eran aún paganos en aquella época,⁽⁴⁾ que estaban en el comienzo de su civilización, y que precisamente fué Kubilay el que elevó la idea de tolerancia á la pureza perfecta, y mostró al mundo hasta qué altura puede llegar un hombre convirtiéndose á ella. «Pero él resolvió—dice—la gran empresa al abrazar el budismo, la única religión que hasta el presente ha ejercido seriamente la tolerancia. Es-

(1) Cf. Marco Polo, 2, 6. Haino, *Hist. or.*, 23 (La Haya), 37 y sig.

(2) Corrupción de *Cákyamuni* y *Burchán*, nombre mongol de Budha.

(3) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 216 y sig.

(4) Kœppen, *Religion des Buddha*, II, 92.

te paso muestra ante todo la rapidez y la perfección con que se habían purificado sus concepciones. Si su liberalidad religiosa dejaba antes mucho que desear, llegó á su cumbre al convertirse en budista. Entre todas las religiones, es el budismo la única que practica la tolerancia, gracias á su sublime imparcialidad. Según él, no hay más que una doctrina, un camino, una verdad; de aquí que las doctrinas, los caminos y las verdades más contradictorios no son para él más que partes de un mismo todo. Y como, además, todos los hombres son reos de un pecado común, y todos los seres son igualmente miserables, ignorantes y dignos de piedad, ⁽⁴⁾ síguese de aquí que todos deben ser tolerados».

Semejantes aserciones van siempre seguidas de inevitables explosiones ditirámbicas de entusiasmo sobre la moral budista, y de los reproches tradicionales contra la moral cristiana, á la que ordinariamente se desprecia de buen grado, porque, dicen, no es más que una imitación del budismo.

Felizmente estamos acostumbrados á ellos, por lo que no perdemos nuestra sangre fría.

Dejemos, pues, que se aproximen á nosotros esos predicadores del budismo, y contemplemos más de cerca con nuestros propios ojos lo que nos ofrecen. Cierto es que no tendremos que reformar el juicio formulado por la historia hasta el día sobre los mongoles y su civilización, pero tampoco encontraremos en él razón alguna que nos permita cambiar de opinión sobre el valor de la tolerancia.

¿Por qué los mongoles juzgaron á propósito hacer al principio la prueba de esa conducta tolerante tan elogiada hoy día? Una pequeña tribu, que subyugó al primer empuje los pueblos más diversos con religiones muy diferentes, y que en seguida quiso encadenarlos, debió siempre ejercer la tolerancia con la religión de los vencidos, por cuanto la intolerancia le hubiera suscitado muy serios peligros. Además, los mongoles, habida cuenta de

(1) Kœppen, *Ibid.*, I, 462-468.

su poco elevado grado de civilización, distinguíanse por un supersticioso temor hacia todos los poderes desconocidos. En ninguna parte encontramos tan desarrollada como en ellos la creencia en los espectros y en la intervención del diablo; los mismos romanos, con los cuales tantos puntos de semejanza tienen con relación á estas creencias, no los igualaron nunca en ellas. Esto es precisamente lo que hace comprensible su tolerancia.

Pero esta tolerancia no es una prueba de civilización, sino de superstición. Como los romanos, los mongoles no se proponían más que una idea al obrar así, la de hacerse favorables, tratándolas bien, las divinidades de los pueblos sometidos, para que protegiesen su propia causa. Si uno quiere llamar á esto tolerancia, puede muy bien hacerlo. Sin embargo, tampoco se engañará quien lo llame miedo y egoísmo. Sólo hay una cosa en la cual no es posible pensar, ni en los mongoles, ni en los romanos: la libertad de espíritu. Ni siquiera pensaban en prohibir á nadie que tuviese sus convicciones, porque como ni ellos mismos sabían en qué consistía esto, tampoco impedían que cualquiera siguiese las suyas, cuando por casualidad las tenía. Exteriormente toleraban todas las prácticas religiosas que no los molestaban, pero sólo por causa de temores quiméricos y cálculos políticos. Por lo contrario, eran débiles y sin firmeza interiormente, y en su impotencia religiosa, convirtiéronse fácilmente en víctimas de otras religiones, en particular del budismo y del islamismo. Pero cuando se fraccionó su imperio en cuatro monarquías sólidas, con cuatro dinastías seguras, convirtiéronse también en partidarios de una religión fija y determinada, y, á partir de aquel momento, ya no hubo tolerancia entre ellos.

Lo mismo puede decirse del budismo. En éste, como en los mongoles, la apariencia de tolerancia se reduce á la nada. Sin duda que podría creerse que nada podía tocar más de cerca al budismo que la tolerancia, si poseyese un resto de consecuencia consigo mismo y de justicia. Según la doctrina de Buda, todos los hombres sin excepción son

miserables é ignorantes, siéndolo en el mismo grado el mismo budista. ¿Cómo es posible que éste, que está convencido de que toda su ciencia es ignorancia, de que toda su vida es miseria y decepción, de que su fin es el aniquilamiento completo, pueda perjudicar á otros que viven de otra manera que los hombres ignorantes y engañados, y quieren volver á la nada por otro camino? ¿Cómo el chino, que se ríe de todo lo que se llama espíritu, fe, más allá, y que considera como vanas palabras las de arte, belleza ideal y religión, puede impedir que otro se pinte á su manera el cielo y la tierra? ¿Es que aquí la indiferencia no es necesaria por parte de la naturaleza de las cosas? Pero ¿quién se atreverá á llamar tolerancia á estos sentimientos y á considerarlos como una prueba de civilización muy elevada?

6. Intolerancia de la idea de tolerancia; odio de la idea de tolerancia contra el Cristianismo; la indiferencia religiosa no es la tolerancia.—No es posible, pues, buscar en esto una práctica efectiva de la tolerancia. Por lo contrario, menos se encontraría aquí que en parte alguna. Porque en ninguna parte ha habido persecuciones más crueles y más tenaces contra los cristianos, que allí en donde el budismo puro ó mezclado reina con su supuesta debilidad nerviosa, inofensiva y dulce; ⁽¹⁾ á saber, en China, Japón y Tonkín. No negamos que motivos políticos hayan contribuído con frecuencia á dar también nacimiento á esas horribles matanzas; ⁽²⁾ admitimos que los escándalos morales, que las atrocidades del comercio de hombres, de las cuales los cristianos—¡y qué cristianos!—se han hecho culpables, hayan provocado á veces el encarnizamiento contra ellos; ⁽³⁾ pero negamos que el budismo sea tolerante. Ha tenido sus guerras intestinas de religion, ⁽⁴⁾ tan sangrientas como cualesquiera otras; ⁽⁵⁾ ha

(1) Kœppen, I, 462.

(2) Hübner, *Spaziergang um die Welt*, II, 230.—(3) Kœppen, I, 469 y s.

(4) Chantepie de la Saussaye, *Religionsgeschichte*, I, 427 y sig. Tiele, *Compendium der Religionsgeschichte*, 155 y sig.

(5) Kœppen, I, 461; II, 152.

luchado á muerte contra el Cristianismo, no porque fuese una potencia política, sino porque era Cristianismo; ¿por qué, pues, se ha apoderado de millares de cristianos y los ha hecho morir en medio de torturas sin ejemplo, á ellos, que siempre habían dado pruebas de ser los súbditos más fieles, los miembros más útiles de la sociedad, los ciudadanos más inofensivos? ¿Por qué ha perseguido, con despiadado encarnizamiento, á religiosos, mujeres y niños, es decir, á gentes de cuya inocencia y santidad estaba convencido todo el mundo? ¿Por qué precisamente ha perdonado á los que se burlaban del nombre de Cristo con sus vicios, siendo así que eran un escándalo público con sus rapiñas, sus engaños y el mal ejemplo que daban consintiendo en pisotear la cruz?

Aquí, como en todas partes, la razón es la misma; la tolerancia es muy fácil con opiniones y religiones que no poseen más verdad, ni ejercen más poder sobre los espíritus y sobre los corazones, que el sistema que uno profesa; pero frente á una religión ante cuyo esplendor toda falsa apariencia desaparece y toda mentira parece ser un engaño; frente á una religión que se anuncia al corazón como un mandamiento y una verdad irresistibles, nadie puede permanecer frío, ni siquiera aquel para quien todo es indiferente por hábito. De aquí ese odio encarnizado que provoca la religión traducida en actos vivientes por la práctica. Precisamente es este el mejor testimonio en su favor. Si la fe estuviese muerta, nadie podría hablar de ella; desde que encuentra contradicciones en todas partes, ⁽¹⁾ es la prueba más irrefutable de su fuerza penetrante.

Nadie se asombrará de que precisamente aquellos que con más frecuencia tienen en sus labios la palabra tolerancia sean los que menos la practiquen con relación al Cristianismo. Una cosa es hablar de tolerancia y otra practicarla. Su supuesta tolerancia consiste en permanecer indiferentes con todas las religiones. La tolerancia

(1) Act. Ap., XXVIII, 22. I Cor., I, 23. Petr., II, 8.